

PARA UNA POÉTICA DEL GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO. EL PROBLEMA DE LA INTENCIONALIDAD

Claudio MAÍZ
Universidad Nacional de Cuyo

1. Género y acto literario

La identidad de un género proviene, tal como la pragmática lo ha sintetizado, analógicamente, del acto de lenguaje que representa, lo que no significa que sean idénticos. Cada sociedad elige y codifica los actos de habla que corresponden exactamente a su ideología, «por lo que —sugiere Todorov— tanto la existencia de ciertos géneros en una sociedad, como su ausencia en otra, son reveladoras de esa ideología y nos permiten precisarla con mayor o menor exactitud»¹. Elizabeth Bruss ha planteado específicamente la proyección intencional de una forma verbal en el caso del género autobiográfico, recurriendo a esta teoría del lenguaje. Como el compromiso electivo afecta tanto la escritura como la lectura, Bruss busca la determinación de una categoría literaria en el género autobiográfico, que module los actos de lectura y escritura². La tesis de Bruss implica un desvío de las conocidas definiciones del género autobiográfico (u otro género) tomando en cuenta el estilo, la trama o estructura, su valor mimético o temático. En su lugar propone atender la «fuerza» impresa en el estilo o modo de construcción de un texto, es decir, cómo deberíamos esperar «tomarlos», esto es, de qué manera afecta al lector. Tal fuerza se deduce del «tipo de acción que se supone tiene el texto». El centro de la tesis de Bruss se ubica en la postulación de que la literatura es un acto ilo-

1 T. Todorov, «El origen de los géneros», *Teoría de los géneros literarios*, comp. por Miguel Garrido Gallardo, Madrid, Arcos/Libros, 1998, 39.

2 La autora se pregunta «cómo existe un género, cómo somos capaces de reconocerlo y responder a los tipos de significado que nos expresa», E. Bruss, «Actos literarios», *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Suplementos, *Anthropos*, 29, dic. 1991, 62.

cutorio y por lo tanto posee una dimensión ilocutoria. Ello demanda el reconocimiento de que, en tanto acto ilocutorio, la literatura se ve afectada por la existencia de una «asociación entre un fragmento del lenguaje y ciertos contextos, condiciones e intenciones». El valor genérico se especifica a través de los papeles jugados tanto por el autor y el lector y los usos a los que se somete el texto. Para que un acto literario se plasme en un género, «los papeles y propósitos que lo componen deben ser relativamente estables dentro de una comunidad particular de lectores y escritores»³.

Para E. Bruss, el género se define como una institución, es decir, como un sistema de reglas constitutivas⁴, puesto que, gracias a la institución, ciertos acontecimientos de la experiencia adquieren dimensiones perdurables y otra serie de experiencias adquiere significado, formando una sucesión inteligible. «Una institución literaria —dice Bruss— debe reflejar y enfocar hacia alguna necesidad y sentido de posibilidad lógica en la comunidad a la que sirve, pero, a la vez, un género ayuda a definir lo que es posible y a especificar los medios apropiados para encontrar una necesidad expresiva». Bruss admite especular sobre ciertas condiciones culturales que alientan la identidad individual, sin embargo, subraya que las concepciones de la identidad individual están «articuladas, ampliadas y desarrolladas» en una institución como el género autobiográfico. La dimensión institucional del género permite verlo como una respuesta a exigencias y valores culturales en un medio social determinado.

El proceso de la «conciencia del sí mismo» plantea una cuestión de objetos y de métodos. El trabajo de investigación no se hace sobre individuos concretos, sino sobre la base de textos que han expresado el individualismo, es decir, se opera sobre estructuras verbales, que pueden o no institucionalizarse en un género. Por ello, el historiador Gurevich cree más pertinente hablar, ya no de individualidad, con el riesgo de operar libremente con términos de la psicología, sino de «mecanismos» sociales, culturales o semióticos de la individualización⁵. Ya veremos seguidamente

3 *Ibid.*, 64.

4 E. Bruss ilustra esta definición con la analogía de John Searle entre el acto hablado de prometer y el valor de la moneda. Es la existencia de la institución del dinero la que le da valor al dinero, de lo contrario se convierten en meros objetos.

5 Por lo visto, el problema de la individualidad constituye una preocupación más compleja y abarcadora. Además de ser objeto de la psicología, la filosofía, la sociología lo es también de la historia, por lo menos en dos aspectos, como lo entiende A. Gurevich: 1. centrado en la investigación de la formación del yo humano, de la personalidad, dentro de un núcleo colectivo y al mismo tiempo la toma de conciencia de la distancia en relación con él, que se evidencia en la dirección tomada hacia

en qué grado el género autobiográfico presta asistencia a la codificación de ciertos valores, por el hecho mismo de instaurarse como un intento de explicar un fragmento de la totalidad a partir de la propia experiencia, según el sentido que Dilthey le asignó a la autobiografía⁶.

2. Formas verbales y proyección moral

Si bien nuestra propuesta de trabajo está centrada en el estudio del género autobiográfico en Hispanoamérica a partir de la segunda mitad del siglo XX, hemos considerado pertinente partir de un enfoque diacrónico de la expresión autobiográfica. El motivo principal de esta elección no hace más que atender lo señalado por Bajtín, cuando opinó que el género debía ser estudiado en sus orígenes⁷. La creciente bibliografía sobre el género autobiográfico, afortunadamente, nos exime de recorrer hasta el final esta senda⁸. El saldo positivo, no obstante, que han dejado quienes la transitaron consiste en no desdeñar las condiciones culturales e ideológicas en las que los géneros emergen y se desarrollan⁹. Es por ello que vamos a permitir remontarnos hacia el segmento temporal que más favoreció el desarrollo autobiográfico, con especial interés en el componente intencio-

la interioridad; 2. la singularidad inherente a la autodefinición de la personalidad que caracteriza a una determinada sociedad. A. Gurevich, *Los orígenes del individualismo europeo*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997, 18.

- 6 W. Dilthey definió la autobiografía como una forma fundamental para comprender los principios organizadores de la experiencia y de los modos de interpretación de la realidad histórica (W. Dilthey, *El mundo histórico*, México, F.C.E., 1944). Es en tal sentido que la autobiografía conquista su validación por su relación con la historia, como un desprendimiento de la biografía. Su justificación descansa en el valor documental que se le asigna.
- 7 «El género —escribe Bajtín— vive en el presente pero siempre *recuerda* su pasado, sus inicios, es representante de la memoria creativa en el proceso del desarrollo literario *¡...! Por eso, para una correcta comprensión del género es necesario remontarnos a sus orígenes*», *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, F.C.E., 1986, 151. El subrayado es nuestro.
- 8 Además, no se trata de las causas de la existencia del género autobiográfico, sino «describir —escribe Bruss— cómo se desarrolla el proceso de su origen y continuación», E. Bruss, *op. cit.*, 64.
- 9 Pozuelo Ivancos ha indicado que un error de perspectiva dentro de algunos estudios sobre el tema ha sido el no advertir que «todas las cuestiones de género implican horizontes normativos de naturaleza histórica y cultural», J.M. Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción*, Madrid, Editorial Síntesis, 1993, 182.

nal que define a un género, para luego verlo funcionar en el contexto hispanoamericano.

La inherencia moral de ciertas formas verbales, en el Renacimiento, está relación con el alto valor en el que se situaron los «studia humanatis», encargados de moldear y pulir la barbarie del hombre. El hombre es una materia moldeable, de ahí que el saber no sea un conocimiento teórico solamente, sino que tiene una perspectiva configuradora, a fin de conducirlo al reino de las virtudes. El humanismo entiende la tarea del saber como una actividad ética de formación, en cambio la «modernidad postcartesiana la verá como una tarea epistemológica de clarificación de los contenidos de la razón». Queda así instaurada la instancia desde la cual se abrirán dos vías de la modernidad: una vía ética y otra metódica. La primera no olvidará su preocupación por la formación humana del sujeto, la segunda, se especializa en el carácter técnico de la producción del saber¹⁰.

Dentro de la vertiente ética de la modernidad, hubo una manifiesta tendencia a establecer vínculos entre los rasgos formales de una clase de textos y los valores morales implícitos, codificadores de dicha clase. Los estudiosos de la poética, durante el Renacimiento, verían el concepto de clase de textos menos como una codificación de reglas específicas para una composición que como un gran sistema epistemológico, una manera de mirar e interpretar el mundo y expresar dicha visión de forma más coherente. Es la codificación formal de un valor moral lo que enfatiza la inclu-

10 C. Flores, a quien pertenecen las reflexiones de marras, alude a los términos con los que G. Simmel caracterizó estas dos vías: la cultura subjetiva y la cultura objetiva. C. Flórez Miguel, *Mundo técnico y humanismo. Discurso de apertura del curso académico 1994-1995*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, 18. Esta escisión, de la que otra forma de designar es mediante el abismo moderno abierto entre conciencia y mundo, resulta de especial relevancia para comprender los fenómenos identitarios y de inadecuación al medio que experimentan los modernistas hispanoamericanos. Asimismo es de sumo interés el peso de la ética que informa a ciertas formas artísticas. Resultan construcciones verbales con intenciones formativas del hombre, con un cierto ideal de mejoramiento de la condición humana. El discurso ensayístico, en cuanto a su naturaleza perlocutiva (discurso con intención de producir un efecto), conserva la preocupación por el hombre, resistiendo la otra vía de la modernidad, la metódica, instaurada a partir de Descartes. Frente al metodismo postcartesiano se erige la divagación ensayística, no como una forma inacabada sino abierta, no conclusiva y no autoritaria. La disputa de las direcciones de la modernidad, la ética y la metódica, es el tema que Adorno discute en su reflexión del discurso ensayístico, como veremos más adelante. W.T. Adorno, «El ensayo como forma», *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962.

sión y la experimentación en la actividad artística renacentista, pues se admitía la cooperación de rasgos procedentes de clases diferentes con el fin de subrayar la capacidad de la literatura para comprometer al hombre en una acción moral¹¹.

La relación instaurada entre una forma verbal y la proyección moral, que se cumple en un cierta clase de textos, no es una propiedad privativa del Renacimiento, sino que puede constatarse en otras coordinadas espacio-temporales. Esto explicaría el uso privilegiado de ciertas formas verbales de comunicación literaria en desmedro de otras, en el intento de expresar las estructuras cosmovisionarias de la época a la que pertenecen. La perspectiva podría ilustrarse con la interpretación de Adorno sobre la lírica moderna: «la formación lírica —escribe Adorno— es siempre al mismo tiempo expresión subjetiva de un antagonismo social»¹². La obra de Baudelaire ha sido la primera en registrar palmariamente este malestar, al escoger como objeto de su reproche «la modernidad como tal, como lo antilírico en sí, y consiguió la chispa poética de esa elección gracias a la heroica estilización del lenguaje». A partir de este momento, el sujeto lírico es también un sujeto autónomo, privilegio que alcanza a unos pocos, al margen de la mayoría que queda reducida a objeto de la historia. Con todo, la presión de estos últimos se hace notar, y es así como «una corriente colectiva subterránea pone fondo a toda lírica individual»¹³. Si ello acontece es porque el sujeto lírico menta el todo y no una parte de la facultad que significa dar cuenta de la experiencia histórica¹⁴. Esta consubs-

11 M.E. Arenas Cruz, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, 78.

12 T.W. Adorno, *op. cit.*, 62.

13 *Ibid.*, 63.

14 Adorno pone el ejemplo nuevamente del poeta francés como el más reacio a admitir un empréstito del lenguaje colectivo, no obstante, alguno de sus poemas, consustanciado con la experiencia histórica, da participación a la «subterránea corriente colectiva». En el ámbito hispanoamericano, no presenta muchas dificultades sustituir el ejemplo de Baudelaire por el de Rubén Darío, en particular, y de muchos modernistas, en general. Es preciso aclarar que las «tecnologías del yo», para usar los términos foucaultianos (M. Foucault, *Las tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós, 1990) no ocurren al margen del problema planteado por la lírica, en cuanto a que ambos enclaves comparten los interrogantes sobre la subjetividad. A su vez, uno y otro se interceptan en la sociabilidad de sus manifestaciones. Debe salvarse, desde luego, que la interpretación social de la lírica y del arte en general demanda, para un correcto abordaje, el funcionamiento del concepto de mediación, tal cual lo razonó la Escuela de Frankfurt. Es necesario, al decir de Adorno, establecer el modo como aparece en la obra de arte el

tanciación del sujeto lírico y el todo social funciona de manera análoga en el sujeto autobiográfico hispanoamericano, particularmente en lo que se refiere al filtrar su vida a través de la experiencia histórica colectiva, como veremos.

3. *El individualismo y los cambios cosmovisionarios*

Esta introducción puede hacer más comprensible el cuidado que hemos puesto en el concepto del individualismo en su relación con el género autobiográfico. Admitimos el planteo de la sociología clásica, según el cual el individualismo ha funcionado como impulsor del desarrollo capitalista, y, consecuentemente, como una raíz genética, o foco irradiante, de los cambios cosmovisionarios, del modo que lo ha indicado Bousoño. Tales paradigmas han contribuido a comprobar la presencia dominante del yo en la literatura de la modernidad occidental¹⁵. Hasta no hace mucho tiempo, la perspectiva menos abordada en torno a la subjetividad ha sido la relación dinámica que anima una percepción del yo y la forma verbal que lo expresa. Con razón Saúl Yurkievich alega «que una distinta percepción de lo fenoménico y una noción diferente de la subjetividad generan otro sistema de representación»¹⁶. Una visión histórica del género autobiográfico debe pensar, necesariamente, desde el lugar ocupado por las percepciones del yo en el sistema social.

Como lo hemos dicho, el género autobiográfico puede calificarse como un mecanismo semiótico de individualización, en el que se articulan diversos planos del desarrollo cultural. De tal manera, la experiencia personal pasa a ocupar una estimación preponderante, puesto que el autor de una autobiografía se autoconstituye como una referencia mediadora entre lo singular y lo general. Al generalizar la experiencia individual, queda ubicada en un rango cercano a un método de conocimiento. Los discursos del yo producen miradas no especializadas, a las que entendemos como un punto de vista que no es ni científico ni enteramente veraz, sino que se trata de un enfoque personalizado que se abastece de los credos del autor y las premisas de un saber no institucionalizado. Una mirada, claro está,

«todo de una sociedad como unidad en sí misma contradictoria; en qué límites queda la obra de arte por razón de la sociedad, y en qué rebasa esos límites», Adorno, *op. cit.*, 55.

15 Algunas investigaciones se han planteado la hipótesis de trabajo que considera la escritura de la modernidad dentro del concepto de espacio autobiográfico, como una práctica ontoepistemológica inscripta en el lenguaje. J. Del Prado Biedma, *Autobiografía y modernidad literaria*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1994, 13.

16 S. Yurkievich, *La movediza modernidad*, Madrid, Taurus, 1996, 11.

que reúne al mismo tiempo la espacialidad (desde dónde se mira), lo axiológico (un sistema valorativo) y una impregnación estética (el estilo)¹⁷. A pesar de tratarse de un yo sustancialmente individualista, de claras resonancias liberales, es posible referirse a ese «yo» a la manera de un filtro, a través del cual la experiencia adquiere formas de autofiguración que «dicen» sobre la época y la literatura a las que pertenecen. De ahí que sean los dilemas de naturaleza básicamente culturales e históricos que presenta el género en Hispanoamérica, los que han centrado nuestro interés.

Nuevamente, si tomamos un segmento temporal preciso podremos observar mejor el problema de la experiencia individual situada en un plano de mediación entre lo singular y lo global. La persona del autor convertido en un escenario de experimentación obedece a la filosofía de la subjetividad vigente durante el período modernista, en algunos casos como apoyo de la actuación (Blanco Fombona o Ugarte) y en otros como sustancia reflexiva y a la vez creativa (tal es el caso de Unamuno)¹⁸. Manuel Ugarte escribía a propósito de su libro de memorias: «Si alguien formula el reproche de que el libro es demasiado personal, recordaremos que esto no es literatura, sino vida. La vida ha de contarla quien la vivió»¹⁹. Para muchos modernistas, la estructura verbal autónoma que es la obra no se concibe sin la presencia del emisor²⁰.

17 Nos hemos ocupado de este tema en otros trabajos. Véase A. Sarmiento, E. Calderón, C. Maíz, y otros, 1999; C. Maíz, «El diario modernista: Blanco Fombona, Vargas Vila, Quiroga», *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, op. cit.

18 «Unamuno parece llamado a tratar unos cuantos temas, que, a la manera de anáforas textuales, se reproducen constantemente bajo diversas vestiduras formales, pero sobre ellas se ejerce a fuerza centrípeta de su teoría del sujeto plural. El yo como objeto de investigación constituye el punto arquimédico del cuerpo de doctrina filosófica de Unamuno, en razón de ser una categoría que resume lo universal y lo eterno. Ante la invalidez que pueda pesar sobre el hecho de que el propio sujeto se tome como objeto, Unamuno se pregunta: "es que esta sustancia, que no es tan propia mía, que es parte de la común sustancia, que no es tan propia mía, que es parte de la común sustancia humana, no es mi objeto" (X, 244). La respuesta afirmativa a tal interrogante se traduce en una transformación de la singularidad del hombre llamado Unamuno en una inquietud con validez universal. El esfuerzo epistemológico unamuniano consiste en anteponer su existencia en el tratamiento de los problemas humanos», C. Maíz, *El sujeto moderno hispanoamericano. Una lectura de textos epistolares a Miguel de Unamuno*, Mendoza, Editorial Facultad de Filosofía y Letras, 1996, 26.

19 M. Ugarte, *Escritores iberoamericanos*, Santiago de Chile, Editorial Orbe, 1943, 25.

20 «Lo que más me interesa —escribe Blanco Fombona— en un libro es el autor, el alma del autor. Por eso no leo libros tontos o vulgares; a la

Otra modalidad del subjetivismo modernista consiste en exponer el protagonismo del sujeto de enunciación, de acuerdo con la operación cognoscitiva de anagnórisis o reconocimiento, recurso propio de los discursos narrativos. Esta operación se define como un enunciado informativo que alude a la transformación del no-saber en saber, aunque no en función de la ignorancia sino el paso de un saber erróneo a otro verdadero²¹. Desde el punto de vista del héroe, el reconocimiento corresponde a la prueba glorificante²². La figura del héroe se caracteriza según el tipo narrativo del romance, que refuerza las estrategias puestas en funcionamiento para configurar el carácter moralizante del discurso autobiográfico. Esta propiedad moralizante permite referirnos a un conjunto de textos autobiográficos como un *corpus gloriosum*, en el que se aglutinan nación y sujeto y pueden leerse al igual que alegorías nacionales²³.

La conciencia antropológica desarrollada a partir del romanticismo se había ligado a un individualismo inmanentista, pero a su vez, y en un movimiento paradójico, el romanticismo busca otros anclajes, de orden social, nacional o regional, tanto como cósmicos y metafísicos²⁴. En Hispa-

segunda página, sé si debo continuarlo o no. La lectura que prefiero es la de un Diario íntimo; o de unas Memorias, sobre si no son políticas ni de algún militar: los soldados resultan prolijos y carecen de alma como las bestias. Después, me complacen las biografías de hombres célebres; después las biografías de hombres corrientes, es decir, las novelas modernas; después, los estudios de crítica y, por último, las obras de psicología, de psiquiatría y aún de lo que llama ahora los alemanes y austríacos, psico-análisis», *op. cit.*, 1993, 265.

21 A.J. Greimas, J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1979, 333. Pierrot el personaje central del texto ficcional de Ugarte, *El crimen de las máscaras* analiza el rechazo que despierta en todos los sectores de la sociedad: «Porque no contribuí a difundir el error, me pusieron fuera de la sociedad; por no haber aprobado lo que la perjudica, pasé por enemigo de la patria; por querer restablecer el equilibrio de los orígenes, me motejaron de enemigo del orden. Como no tengo complicidades con lo que impera, puedo decir que me he expatriado al desierto». M. Ugarte, *El crimen de las máscaras*, Valencia, Sempere, 1924, 75. En Pierrot se cumple la función cognoscitiva del reconocimiento como un acto de constatación de la marginalidad de los poderes constituidos y en colisión con sus principios.

22 La prueba glorificante es una figura discursiva que se sitúa en la dimensión cognoscitiva y pone de relieve la estructura polémica del relato. A.J. Greimas, J. Courtés, *op. cit.*

23 S. Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, F.C.E., 1996, 20.

24 La dicotomía que vive el hombre romántico lo coloca en la encrucijada de optar por una trascendencia metafísica o una trascendencia histórica. «Todo el romanticismo, en este sentido, es una conflicto/.../entre la

noamérica aquellos vínculos tendidos, desde el romanticismo, entre la independencia personal (la libertad del yo) y la nacional se continúan durante el siglo XX más allá de lo previsible. El individuo y el espacio cultural de la nacionalidad en su devenir histórico logran su mejor expresión mediante la figura de la hipérbole. La defensa de la soberanía del individuo implica una disposición cívica de la afirmación del yo, es decir, una concepción de un *ego épico* implicado dentro de la historia y la cultura. Junto con el amor y la libertad, la gloria forma parte de la temática romántica por excelencia, como una manera de inmortalidad que extiende la brevedad de la vida. La concepción romántica del yo en pugna con el medio sigue vigente y se traduce en actitudes políticas desmesuradas en sus propósitos: enfrentamientos con las dictaduras, campañas políticas solitarias, participación en revoluciones. Considerada como una forma de la historia, estas autobiografías resultan biografías no de una tercera persona heroica o ejemplar, sino que el yo de estas autobiografías asume tales atributos²⁵.

4. *La intencionalidad del género en Hispanoamérica*

La preocupación nacional está presente de manera constante en la escritura autobiográfica, Molloy lo señala, a la manera de una «escena de crisis» que favorece una retórica de la autofiguración en Hispanoamérica²⁶. Es mediante esta tendencia, presente ya en Sarmiento, Martí o más claramente en Vasconcelos, que la autobiografía tiende nexos entre la autofiguración, la identidad nacional y una conciencia cultural. Esta trama es la que, a nuestro modo de ver, permite aludir al componente moral existente en las autofiguras hispanoamericanas. Restará averiguar si tal componente alcanza para proponerlo como una marca genérica al nivel de la intencionalidad autobiográfica, es decir, como una de las propiedades inmanentes del género en Hispanoamérica.

De lo que no caben dudas, tal como la mirada diacrónica nos muestra, es de que el género no permanece inalterado. Entre el denominado paradigma de la modernidad y la crisis de la modernidad, o posmodernidad, o entre ambos y el siglo XIX, ocurren transformaciones que impactan profundamente en la forma, el tema y la intencionalidad. Silvia Molloy ha establecido una vinculación entre la autofiguración hispanoamericana y la crisis de autoridad que se produce, durante el siglo XIX, por la ilustración

melancolía del yo solitario y la necesidad de una vuelta hacia espacios atávicos, los espacios de la colectividad patria, de la Edad Media /.../ un retorno hacia la religión —católica o cualquier tipo—, el espiritismo, o incluso la política. El romanticismo fundamenta su yo en el hecho social/.../», J. Del Prado, *op. cit.*, 43.

25 S. Molloy, *op. cit.*, 20.

26 *Ibid.*, 15.

europea y la independencia americana²⁷. A nuestro modo de ver, el enfoque que vincula la forma verbal y la cosmovisión en la que ser produce es pertinente y permite referirnos a textos autobiográficos que surgen en otras coordenadas temporales. En el caso de las primeras décadas del siglo XX, la crisis de los sujetos letrados debe pensarse tomando como punto de referencia el paradigma de la modernidad, ya que frente al mismo no hay respuestas unívocas ni pacíficas, tanto al nivel de las identidades personales como culturales, o también en una combinación de ambos. Asimismo, uno de los principales problemas que distingue el sistema cultural de este segmento temporal se condensa en la filosofía de la subjetividad, que obró como un principio constructivo del discurso literario²⁸. Podríamos decir que para la modernidad el centro del problema de la autobiografía estaba ubicado en la relación entre la narración autobiográfica y los hechos históricos (su verdad o no). En tanto, para la postmodernidad, el centro se desliza hacia la relación compleja entre texto narrativo y sujeto. Dicho esto con cautela, puesto que una importante cantidad de textos autobiográficos contemporáneos conserva aquella propiedad ligada a la preocupación nacional²⁹, como un «escenario de crisis».

5. Identidad artística y cultural

La sociología de la cultura clásica europea asignó al individualismo una función dominante en el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo. En Hispanoamérica, el proceso de modernización puede estudiarse

27 *Ibid.*, 14.

28 López Campillo compara el proceso de creación ensayística de Unamuno con el de Barrès: «Para esos dos hombres el desarrollo del yo pasa por un fuerte sentimiento nacionalista, y para los dos igualmente el punto de cristalización de la emoción y de la ideología es el paisaje /.../». E. López Campillo, «Apuntes sobre la evolución en la temática del ensayo español (1895-1930)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 255, 1971, 447.

29 La actual reflexión teórica sobre el género favorece la focalización del sujeto en su relación con el texto. Desde la perspectiva hispanoamericana, en cambio, la cuestión crucial consiste en deslindar las características de la concepción que un individuo tiene de sí mismo y no si la misma se ajusta apriorísticamente a alguna teoría, ya sea ésta psicoanalítica, filosófica o lingüística. Por tal motivo, la comprensión de este asunto apuntaría a la recuperación del significado antropológico que la subjetividad conlleva dentro de la trama cultural, en el espacio hispanoamericano. La literatura hispanoamericana contemporánea presenta en las últimas décadas, al margen de la producción de esta literatura a lo largo del siglo XX, un florecimiento de textos autobiográficos, memorísticos y ensayísticos con una fuerte impronta testimonial y subjetiva, y también narrativos que, desde la ficción, representan la subjetividad americana (novelas en primera persona, ficcionalizaciones subjetivas de la historia).

aprovechando la misma norma, aunque con importantes reservas, como veremos. La consecuencia más original que produjo debe verse en que las incipientes formulaciones teóricas sobre la individualidad garantizaron la autonomía literaria hispanoamericana. Esta manifestación tiene lugar hacia principios del siglo XX, cuando la imitación literaria de los modelos europeos deja de ser directa para transformarse en «aplicada», gracias a la labor de los «primeros personales» (Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí y Rubén Darío)³⁰. El mayor logro de esta promoción de escritores fue traducir una conciencia personal y una cultura americana mediante un aprovechamiento de la tradición literaria universal. Se produce «la transmutación de la imitación en sinceridad personal y autenticidad cultural americana»³¹. Esta es la razón por la cual la teoría del arte modernista valoriza, en tanto resguardo de la autenticidad y la autonomía, la sinceridad de las emociones en la expresión literaria.

En un movimiento envolvente que va de la raza al hombre hasta llegar a la actividad artística, es posible registrar intentos, algunos de ellos muy meticulosos, de establecer los perfiles del individualismo en Hispanoamérica, desde el punto de vista filosófico, histórico o una sociología de la cultura embrionaria. No sólo en el discurso autobiográfico se registra este debate, sino también en la reflexión ensayística e incluso en las experimentaciones literarias en torno a la ficcionalización del yo³². La exaltación individual con fines de acrecentar o alcanzar prestigio podría explicarse por el hecho de que en el espacio cultural de entonces existían escasas posibilidades para lograrlo a través del cultivo de las letras. También se practica con fines de diferenciación respecto del medio:

El «mal del siglo», de aquel siglo, —escribe L.A. Sánchez— fue el pavoneo, la crisis del narcisismo, la urgencia de asentar el yo, desvaído y maltratado por décadas de atropellos civiles y militares contra el ser humano. En Darío, como en Chocano, y en Herrera Reissig, y en Lugones, y hasta el franciscano Nervo, ello se hace visible de primera intención³³.

La observación de Sánchez debe ser despojada de las connotaciones peyorativas con las que visualiza el fenómeno del yoísmo («pavoneo», «vicio», «enfermedad») y enfatizar la relación que establece entre el yo y las épocas de «atropello civiles y militares». El enfoque logra captar la

-
- 30 M. Ugarte, *La joven literatura hispanoamericana*, París, Armand Colin, 1912, XXI-XXIV.
- 31 A. Rama y M.J. Bernardette, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 93.
- 32 Véase M. Salgado, «El autorretrato modernista y la "literaturización" de la persona poética», *Actas del X Congreso Internacional de Hispanistas*, A. Vilanova (ed.), IV, Barcelona, PPU, 1992; S. Molloy, *op. cit.*
- 33 L.A. Sánchez, *op. cit.*, 1954, 920.

revalorización de la individualidad en períodos de escasa diferenciación entre la esfera pública y privada. Por su lado, los «ególatras» del 98 creyeron haber hecho un descubrimiento moral en el hundimiento de los «ideales históricos españoles», según lo concebía Miguel de Unamuno, el descubrimiento moral fue el de «la personalidad individual, hasta entonces vejada, abatida y olvidada en España»³⁴. En una línea similar, Ugarte al analizar la fuerza desprendida de la «cultura egoísta del yo», afirma que sólo se justifica y es meritoria «en una sociedad injusta como la actual»; en otras condiciones, es decir «dentro una vida más ancha, sería un crimen»³⁵.

La organización nacional en Hispanoamérica demandó la adopción de una teoría del estado que posibilitara la aplicación del sistema económico liberal. La imposición violenta de una teoría organizadora obedecía a la imposibilidad de reconciliar armónicamente los intereses públicos y privados, pretensión que sólo podía darse en la concepción de un Estado ideal³⁶. En la realización del Estado, es decir, en la concreción y no en su potencialidad, se produce la insatisfacción que el individuo experimenta por el patrimonio social y político recibido. Vargas Vila escribe en su diario: «Poner el yo contra el Estado es un esfuerzo peligroso e inútil, poner el yo fuera del Estado, y por sobre la concepción de Estado, es todo el deber de un hombre libre»³⁷. Este desequilibrio no es un dato menor a la hora de interpretar los desajustes o inadecuaciones, muchas veces nada más que verbales, de los sujetos modernos, si se atiende al rechazo, paradójico o ambiguo según los casos, con que enfrentaron a la sociedad de su tiempo.

De ahí que sea conviene subrayar el enorme esfuerzo que los sujetos modernos desplegaron a fin de sostener la soberanía del yo frente a los embates de un aparato estatal premoderno. En tal sentido, por lo que se ratifica una línea constante, Rufino Blanco Fombona enquistó su individualidad dentro de la esfera pública, en nombre de sí mismo y no de ningún partido, clase o interés sectorial contra la dictadura de Juan V. Gómez, en Venezuela de principios de siglo. El rechazo de las tiranías, en nombre de la libertad, es un punto de reunión en las vidas de Blanco Fombona y José María Vargas Vila, lo que signó el curso de las mismas, mediante, principalmente, el exilio. (Este hecho prueba la existencia de una ética política incorruptible en algunos modernistas. La diferencia, no

34 M. de Unamuno, «Nuestra egolatría de los del 98», OC, t. V, 1173.

35 M. Ugarte, «La juventud sub-americana», *Crónicas del boulevard*, París, Garnier, 1902, 83.

36 Véase M. Kaplan, *Formación del estado nacional y América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

37 J.M. Vargas Vila, *Diario inédito (Tagebücher)*. *El Vargas Vila esotérico y desconocido*, ed. de Raúl Salazar Pazos, Miami, Editorial Arenas, 1992, 92.

obstante, la fijan las actuaciones de Rubén Darío o José Santos Chocano con sus erráticas relaciones con el poder dictatorial).

F. Perus considera que así como los «sectores de punta del desarrollado capitalista de entonces» generó sus intelectuales orgánicos, representados por los positivistas³⁸, también podría pensarse esta relación en cuanto a una posible representatividad que habrían tenido los modernistas. Desde este sugerente punto de vista, cabe preguntarse qué y a quiénes representaron. En una primera aproximación, se podría argüir que el yoísmo moderno hispanoamericano es la cara visible del impulso de una fuerza social. En el individualismo del momento, entonces, confluyen una filosofía práctica elaborada por una nueva literatura crítica y el proceso de formación de una burguesía nacional ligada a un desarrollo autocentrado. Hay un lapso de tiempo en que todavía se percibe el individualismo pleno y optimista de procedencia romántica³⁹, inserto en una fracción del discurso

38 F. Perus, *Literatura y sociedad en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978, 91.

39 La tesis de Yerko Moretic es que los románticos hispanoamericanos tuvieron el respaldo de una burguesía en ascenso, en tanto los modernistas asisten a la liquidación de las posibilidades de la conformación de las burguesías nacionales. La tesis es parcialmente cierta. Veamos: Moretic indica que el aporte del romanticismo es haber impulsado los embates contra todo resabio del colonialismo español durante gran parte del siglo XIX, circunstancia de la que los modernistas se ausentaron, tomando en cuenta que el período neocolonial inaugurado no tenía a España sino a Inglaterra y luego Estados Unidos como los protagonistas del nuevo sistema mundial. De lo cual debe exceptuarse la gran figura de Martí. Sin embargo, como partimos de la idea de que no hay cambios en la estructura productiva en Hispanoamérica, tampoco hay grandes cambios en sus estructuras sociales, al menos dentro del período por nosotros considerado. De ahí que resulte ventajoso la introducción de la tendencia novecentista como una fracción intelectual más consciente de estos fenómenos y con claros hilos tendidos hacia el romanticismo de raíz social. Los novecentistas pretendieron constituirse en los portavoces de las burguesías nacionales, y otros ampliado la base social al incluir a los trabajadores (como es el caso de Manuel Ugarte), en un momento en que las posibilidades de desarrollarse habían sido liquidadas. Habían perdido las bases de sustentación. El brillo y el ímpetu que pusieron en el empeño fue tan corto como tremendo el efecto de su fracaso. «No existe —escribe Moretic— entonces para los escritores, representantes ideológicos de estas burguesías ahora frustradas, el gran motivo social-político unificador, no existe un exclusivo y vigoroso manantial de impulsos artísticos». Esta declaración de Moretic debe incluirse dentro de las consecuencias del fracaso, no como el punto de partida de la creación artística del momento («Acerca de las raíces ideológicas del modernismo hispanoamericano», *Philologia Pragensia*, n. 1, 1965, 53).

moderno que encarna el humanismo burgués⁴⁰. La representación adquiere una modalidad hispanoamericana, puesto que no conoce la solidez de la burguesía europea⁴¹. El sujeto cubre con la dilatación de su figura el espacio político-cultural negado desde una estructura social fuertemente concentrada en el poder emanado de la tierra y el sistema de comercio con los países centrales. El fuerte acento puesto en la personalidad, la libertad de conciencia, la visión subjetiva, en fin, el egotismo, es un tema de época que afecta con igual intensidad en toda el área de lengua hispana, de ahí que nos parezcan pertinentes algunas observaciones efectuadas en relación con la generación del 98, la más afín a la del 900 hispanoamericano. La procedencia típicamente española del individualismo practicado por los hombres de la generación español toma forma intelectual por las influencias nórdicas sobre todo, pero Schopenhauer, Nietzsche, Carlyle, Stendhal, en general, fueron tenidos como los maestros⁴².

40 Dos son las ideas del humanismo dentro de la civilización occidental: el idealismo alemán, cuyo núcleo está en la educación y antepone la actividad teórica del hombre por encima de cualquier actividad práctica. Propone una identificación del hombre con la vida teórica: su ideal humanístico es aristocrático. La segunda idea humanística puede derivar de St. Simon, continuada por Comte y en Marx tendrá el más importante de sus defensores en el siglo XIX. Esta idea considera al trabajo como la diferencia específica del hombre: su esencia se construye en la actividad creadora. Esta es una noción humanística que se inicia con el optimismo renacentista. Véase M. Flórez, *op. cit.*, 35.

41 En su estudio sobre la concomitancia entre persona y sociedad en España, J. Marichal compara los intelectuales franceses y españoles para poner de manifiesto la débil estructura social en la que se afirmaba estos últimos: «Claro está, el sentimiento de Maine de Biran (y dejamos ahora entre paréntesis las características más específicamente singulares y excepcionales de este gran filósofo francés) se sustenta en la estructura social y económica de la Francia ochentista, en la solidez emocional de una burguesía que sabe lo que es y lo que quiere. Los intelectuales españoles no cuentan con ese respaldo social y psicológico: y padecen lógicamente las consecuencias de los desniveles aludidos. En Francia, en la Francia de las dinastías burguesas, el egotismo intelectual es una ocupación clasista que no aísla al que la ejerce», (J. Marichal, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984, 128). Las observaciones de Marichal vienen en apoyo de nuestros supuestos, entre otras razones, debido a que sostenemos una afinidad hispano-americana desde la perspectiva periférica que informa a ambos espacios. La marginalidad, huelga repetirlo, se establece a partir de la noción de Occidente, en la que no están comprendidos, o si lo están, es de manera distorsionada.

42 Ángel del Río y M.J. Bernadette han visualizado que entre la proclamación intelectual del individualismo y la tradición individualista hispánica se instaura una contradicción. Una «contradicción histórica

En el enclave que resulta de analizar el papel del individualismo y el desarrollo de las fuerzas productivas burguesas, es donde conviene indagar las modulaciones socio-culturales, que se producen en el discurso literario. Si fuera preciso ordenar el escenario, en el cual operan las fuerzas emergentes, habría de hacerse del siguiente modo: como dinamizador de ideas, las categorías significativas del individualismo romántico acompañando la formación de una burguesía durante el siglo XIX, como novedad, la irrupción del fenómeno imperialista hacia fines del mismo siglo y freno del impulso histórico de esa clase social, pero no de las aspiraciones de sus miembros más conscientes representados por los novecentistas. Sin dudas, la stirpe romántico-burguesa de un Sarmiento o Lastarria sólo se continúa en un escritor como Martí y no en Darío o Casal⁴³.

entre el alma moderna y el alma tradicional» dicen los autores. De resultas de esta contradicción irresoluble nace su «cerebralismo», «su concepto pesimista de la vida», A. Del Río, *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)*, Buenos Aires, Losada, 1946, 27. También en Hispanoamérica se produce un efecto análogo cuando chocan la ética de un individualismo de procedencia liberal y la tendencia de raíz hispana de afirmación del individuo. También y respecto del caso de Chocano, Mariátegui había observado que su individualismo era exasperado y egoísta. En Chocano, escribe Mariátegui «El culto del Yo se ha asociado al culto de la jerarquía. El poeta se llama individualista, pero no se llama liberal. Su individualismo deviene un "individualismo jerárquico". Es un individualismo que no ama la libertad. Que la desdeña casi. En cambio, la jerarquía que respeta no es la jerarquía eterna que crea el Espíritu es la jerarquía precaria que imponen, en la mudable perspectiva de lo presente, la fuerza, la tradición y el dinero», *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Biblioteca Amauta, 1971, 274.

- 43 La imputación hecha contra los modernistas sobre su falta de conciencia cívica, más allá o no de corresponderse con la realidad histórica y la actuación de los intelectuales, resulta inapropiada en cuanto a que «implica una exigencia que los escritores no estaban en condiciones históricas de cumplir», (Y. Moretic, «Acerca de las raíces ideológicas del modernismo hispanoamericano», *Philologia Pragensis*, 1, 1965, 47). Una mejor perspectiva al asunto la ofrece Ángel Rama, para quien una correcta apreciación del movimiento podrá formarse por la conjunción de tres factores, «reconstruir el marco histórico que les correspondió, las proposiciones teóricas que se hicieron en su tiempo y las soluciones que fueron capaces de encontrar a los conflictos que vivían», (A. Rama, «Prólogo», R. Blanco Fombona, *op. cit.*, 128). En realidad hubo quienes, sometidos a esta triple indagación, matizan la afirmación de Moretic.

6. *Las alegorías nacionales*

Si el individualismo es la conciencia de mí mismo en cuanto hombre, al decir de Bousoño, el subjetivismo es la importancia asignada a la interioridad, que en tiempos románticos se identifica con el yo. Los factores tales como la fe, el optimismo, la confianza en el futuro del continente hispanoamericano no pueden menos que reenviarse al segmento antropológico de la afirmación constitutiva del yo y por lo tanto, de la raza, tal cual se pensaba. La desilusión provendrá cuando los factores que contribuyeron a esta afirmación ya no existan o la realidad imponga todos sus condicionamientos. La matriz afirmativa del yo es común a los hombres de la época. Considérese esta declaración de Chocano:

El hombre como la palmera de la alegoría emersoniana, crece de adentro para afuera: una Raza es tanto más poderosa cuanto más lo son sus individuos; la inteligencia entre dos razas es tanto más provechosa cuanto más aprovechable es cada una de ellas. La fuerza está primeramente en el "Yo" y después en la raza /.../ Nada antes que el individuo; e inmediatamente después, nada antes que la Raza⁴⁴.

La prédica de Chocano bien cabría considerarla como perteneciente a una elemental psicología del individuo, a diferencia de la psicología de las multitudes de matriz positivista (como la de José María Ramos Mejía: *Las multitudes argentinas*, 1899). En ambos casos, sin embargo, lo que preocupa es la irrupción de las masas en el marco de los procesos democratizadores avizorados en el horizonte político de Hispanoamérica. Las muchedumbres urbanas habrían de constituirse en el centro del debate europeo, no obstante, en el espacio hispanoamericano, la polémica se engrosaba con un elemento más: la inclusión del individuo, visto desde la perspectiva de la tradición grecolatina (Rodó), desde la teoría del grande hombre (Blanco Fombona) o el vitalismo nietzscheano (Chocano). El estudio de la personalidad, es decir, la focalización del individuo, resulta en algunos intelectuales como Rodó un modo elíptico de estudiar las características de un pueblo, en la confianza de que la personalidad sintetizaba los componentes populares: un porción condensada del genio nacional se reproduce en la personalidad individual.

Cuando se dice —se pregunta Rodó— de la unidad consciente que llamamos personalidad en cada uno de nosotros ¿no puede extenderse, sin esencial diferencia, al genio de un pueblo, al espíritu de una raza igualmente capaces del nombre de personalidad? ¿No se reproduce en esos grandes conjuntos todo lo que la observación del psicólogo halla en el fondo de nuestra historia íntima; y no se dan en ellos también todos los grados de armonía y continuidad

44 J.S. Chocano, *Obras Completas*, México, Aguilar, 1954, 1014.

con que cabe que se manifieste esta síntesis viva de la conciencia individual y refleja⁴⁵.

No es meramente una casualidad que los apartados de donde han sido extraídas las últimas citas de Chocano y Rodó hayan sido tituladas como «La personalidad de la Raza» y «La personalidad de los pueblos», respectivamente. Sin embargo, en el pensamiento de Rodó se continúa una tendencia que proviene de la ilustración y el romanticismo (con lo que se cumple su pertenencia al XIX), cual es la de una identificación del proyecto nacional como un proyecto pedagógico, mediante «la reducción de los hechos sociales a fenómenos psicológicos-morales»⁴⁶. Pero para comprender la procedencia de la visión del arielismo y sus limitaciones, hay que considerar el alto valor asignado al ideal, o «el culto de las idealidades clásicas»⁴⁷, que se tradujo en una búsqueda de armonía entre interioridad y libertad. Ello explica la apelación a la voluntad que existe en Rodó, para que Ariel (símbolo de la razón) venza a Calibán (símbolo de la sensualidad), pero esta voluntad es propia del individuo superior, del héroe. El cuidado del yo, su conocimiento según el precepto délfico del «conócete a ti mismo» corre el riesgo de transformarse en una morosidad paralizante del espíritu, de la que padeció el europeo Amiel. Por el contrario, la autognosis «es un antecedente de la acción; del conocerse en que la acción es, no sólo el objeto y la norma, sino también el órgano de tal conocimiento»⁴⁸. Para Rodó, el opuesto de Amiel es Marco Aurelio, cuyo autoexamen no fue «disipado en vano mirar, sino resuelto en actos de una voluntad afirmativa».

La coincidencia epocal en el tratamiento de estos temas forma parte de la controversia sobre la teoría y la praxis del *deber ser* americano, al que se contribuía con tratados sobre la moral práctica, filosofías de vida, catálogos de perfeccionamiento de la personalidad y éticas fundadas en ideales. La totalidad de estos textos configuran un saber que se orienta al cultivo de la voluntad, la acción y fe en el futuro hispanoamericano. El aspecto crucial de este fenómeno se ubica en el hecho de poder discernir entre la reflexión que respondía a los imperativos de la occidentalización, cuya atención en el individualismo era ostensible y los propios requerimientos inmediatos que la realidad hispanoamericana imponía. Dicho en otros términos, Hispanoamérica, luego de romper las ligaduras políticas con España en el siglo XIX, buscará denodadamente su incorporación al

45 J.E. Rodó, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1967, 492.

46 N. Ochoa Antich, «Estudio introductorio», *El arielismo en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1986, 22.

47 A. Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, México, Editorial Guarini, 1954, 291.

48 *Ibid.*, 326.

mundo occidental, como hemos visto. La idea de occidentalidad es más restrictiva que la idea europea, esto es, el occidente estaba integrado principalmente por Inglaterra y Francia, las dos potencias que sirvieron de modelos de desarrollo para la clases dirigentes hispanoamericanas. La noción de occidente contiene, a su vez, otros dos fenómenos esenciales de la modernidad: la industrialización (y el dominio de la naturaleza) y las garantías políticas provenientes de la democracia.

7. *La modernidad como «escenario en crisis» y el individualismo épico*

La conciencia antropológica desarrollada a partir del romanticismo se había ligado a un individualismo inmanentista, pero a su vez, y en un movimiento paradójico, el romanticismo busca otros anclajes, de orden social, nacional o regional, tanto como cósmicos y metafísicos⁴⁹. En Hispanoamérica aquellos vínculos entre la independencia personal (la libertad del yo) y la nacional se continúan durante el siglo XX. No resulta sorprendente, entonces, que dentro de un contexto mayor, tengan un alcance continental, por medio de una identidad dada por la raza. Ahí habría que buscar algunas de las causas de la potenciación del regionalismo o el nacionalismo. La noción de grandes conglomerados con un importante nivel de cohesión interior se compadece con los sentimientos de vastedad, por lo tanto la medida del yo es también la medida del contexto en el que se despliega. En otros términos, el individuo y el espacio cultural expresado en la nacionalidad sólo encuentran en la figura de la hipérbole la idea de su desarrollo histórico.

A la dramática asunción de la modernidad, desde una perspectiva enteramente periférica, como la que hemos planteado, se le adiciona la problemática de la filosofía de la subjetividad, ambos en tanto ejes del sistema de creación literaria. El debate del momento se sintetiza en la urgencia de pensar la modernidad desde distintos ángulos: entre otros, y quizás el más importante, el de la identidad hispánica y americana. Por caso, dentro de los márgenes del discurso ensayístico de la llamada «Generación del 98» existió una básica coincidencia: «el proclamar la voluntad como tónico tanto para la salvación personal como para la solución de los problemas

49 La dicotomía que vive el hombre romántico lo coloca en la encrucijada de optar por una trascendencia metafísica o una trascendencia histórica. «Todo el romanticismo, en este sentido, es una conflicto/.../entre la melancolía del yo solitario y la necesidad de una vuelta hacia espacios atávicos, los espacios de la colectividad patria, de la Edad Media /.../ un retorno hacia la religión —católica o cualquier tipo—, el espiritismo, o incluso la política. El romanticismo fundamenta su yo en el hecho social /.../», J. Del Prado, *op. cit.*, 43.

históricos de España»⁵⁰. De manera que a través de proyectos que pasaran por la voluntad u otras potencias de la inteligencia, se llegan a establecer vínculos entre lo individual y lo socio-cultural, tal como ocurrió en Hispanoamérica, durante el período de modernización.

La trascendencia de la problemática del sujeto obliga a orientar nuestra atención hacia los componentes de este debate, la procedencia de los mismos, su relación con el pensamiento occidental, por un lado, y la tradición hispánica, por el otro. A su vez, agreguemos que al primero le corresponde la validación de la noción de individuo y al segundo, según los términos del pensamiento unamuniano y la tradición hispánica, la indagación de la personalidad. Esta distinción entre individuo y persona dilata, sin dudas, la idea de sujeto, pero también introduce una distancia conceptual entre el pensamiento occidental y el hispánico, intersticio desde el cual se hace posible plantear ciertas especificidades del género autobiográfico en Hispanoamérica. A nuestro modo de ver, la incorporación de esta problemática se realiza a través de una vertiente liberal del individualismo, que entrará en colisión con la noción de raíz hispánica nutrida de otras corrientes filosóficas y culturales. El romanticismo residual del período subsiste bajo la forma de un ánimo expansivo, el ansia de lo inconmensurable y los sueños de inmortalidad.

Con todo, la función cumplida por el individualismo, tanto desde una teoría política o estética o ambas a la vez posee una importancia enorme puesto que significó un esfuerzo por repensar las relaciones entre el sujeto, la cultura, el estado y la nacionalidad, en la búsqueda de no abandonarse al arrasador modelo del racionalismo capitalista. Asimismo, la afirmación constitutiva de la individualidad se imbrica con la constitución afirmativa de la nacionalidad. Es dentro de la trama civil donde se configuran los perfiles de la individualidad moderna hispanoamericana, que ha tomado distancia con aquella percepción universalista del yo, que ponía énfasis en la cantidad. Ahora, en su lugar, lo propio y original se transforman en los antecedentes distintivos del yo.

Como en un verdadero «escenario en crisis», la posición del yo durante el período de la modernización hispanoamericana establece una relación entre el ciclo personal de vida, la obra y la historia de América. De donde se colige que la perturbación social, la inestabilidad personal y la accidentada secuencia vital aparecen como responsables por la merma de las fuerzas creativas y, en consecuencia, el deterioro de la calidad estética de la obra. La incursión en lo social, compromiso que no se evade —el problema consistiría en fijar los grados y matices de la intervención— conspira, al menos en apariencia, contra la productividad poética, tornándola fragmentaria, con una fuerte tendencia a la improvisación. Aunque, más que

50 A. Del Río, *op. cit.*, 27.

una característica negativa, esto pareciera ser la nota original de un momento histórico-cultural, en cuya curvatura se inscriben la fragmentación, la interrupción y la improvisación, como ritmos artísticos reactivos ante la racionalidad burguesa y su tendencia a la especialización. La memoria adquiere perfiles de compensación histórica, como lo sugiere Ugarte:

Ciertos políticos no se contentan con entregar las riquezas al invasor y con proporcionarle a bajo precio la mano de obra. Consideran también un deber limpiar el campo de toda disidencia y ahogar las voces susceptibles de interrumpir la operación⁵¹.

La escritura íntima del yo compensa la adversidad pública del individuo: es una egolatría defensiva: «En todo caso, la egolatría que algunos me han de reprochar en ciertos pasajes, no es más que una reacción del espíritu que no se dejaba abatir»⁵².

Por último, la literatura del yo pone en juego no sólo la descripción de una primera persona, sino también el tejido cultural de una época. La figura del yo semantiza, indirectamente, la naturaleza de las actitudes introspectivas, tanto como el modo y los fines de observarse a sí mismos, conforme a las coordenadas temporales y espaciales en las que se realizan. Las distintas situaciones sociales e históricas favorecen ciertas formas de la personalidad e inducen a la literatura autobiográfica y condicionan, además, las diversas modalizaciones de la escritura de la subjetividad.

OBRAS CITADAS

- Adorno, T.W., «El ensayo como forma», *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962.
- Arenas Cruz, María Elena, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- Bajtín, M.M., *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, F.C.E., 1986.
- Blanco Fombona, Rufino, *Diarios de mi vida*, Caracas, Monte Ávila, 1993.
- Bruss, Elizabeth, «Actos literarios», *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Suplementos, *Anthropos*, 29, diciembre, 1991.
- Chocano, José Santos, *Obras Completas*, México, Aguilar, 1954.

51 M. Ugarte, *El dolor de escribir*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1933, 125.

52 *Ibid.*, 126.

- Del Prado Biedma, Javier, et al., *Autobiografía y modernidad literaria*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1994.
- Dilthey, Wilhelm, *El mundo histórico*, México, F.C.E., 1944.
- Del Río, A. Bernardette, *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)*, Buenos Aires, Losada, 1946.
- Flórez Miguel, Cirilo, *Mundo técnico y humanismo. Discurso de apertura del curso académico 1994-1995*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994.
- Foucault, Michel, *Las tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós, 1990.
- Greimas, A.J., J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1979.
- Gurevich, Aaron, *Los orígenes del individualismo europeo*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997.
- Kaplan, Marcos, *Formación del estado nacional y América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.
- López Campillo, E., «Apuntes sobre la evolución en la temática del ensayo español (1895-1930)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 255, 1971.
- Maíz, Claudio, «El diario modernista: Blanco Fombona, Vargas Vila, Quiroga», *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 3, Barcelona, 1998.
- Mariátegui, Juan Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Biblioteca Amauta, 1971.
- Marichal, Juan, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984.
- Molloy, Silvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, F.C.E., 1996, 20.
- Molloy, Silvia, «Conciencia del público y conciencia del yo en el primer Darío», *Revista Iberoamericana*, jul-dic, 1979, 108-109.
- Moretic, Yerko, «Acerca de las raíces ideológicas del modernismo hispanoamericano», *Philologia Pragensia*, 1, 1965.
- Perus, Françoise, *Literatura y sociedad en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.
- Ochoa Antich, Nancy, «Estudio introductorio», *El arielismo en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1986.
- Pozuelo Ivancos, José María, *Poética de la ficción*, Madrid, Editorial Síntesis, 1993.
- Rama, Ángel/ Bernardette, M.J., *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.

- Rodó, José, Enrique, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1967.
- Salgado, María, «El autorretrato modernista y la "literaturización" de la persona poética», *Actas del X Congreso Internacional de Hispanistas*, A. Vilanova (ed.), IV, Barcelona, PPU, 1992.
- Sarmiento, Alicia, Calderón, Elena, Maíz, Claudio y otros, *Ficción y símbolo en la literatura hispanoamericana*, Mendoza, Editorial Facultad de Filosofía y Letras, 1999.
- Todorov, T., «El origen de los géneros», Todorov, T. et al., *Teoría de los géneros literarios*, comp. por Miguel Garrido Gallardo, Madrid, Arcos/Libros, 1998.
- Ugarte, Manuel, «La juventud sub-americana», *Crónicas del boulevard*, París, Garnier, 1902.
- *La joven literatura hispanoamericana*, París, Armand Colin, 1912.
 - *El crimen de las máscaras*, Valencia, Sempere, 1924.
 - *El dolor de escribir*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1933.
 - *Escritores iberoamericanos*, Santiago de Chile, Editorial Orbe, 1943.
- Unamuno, Miguel de, «Nuestra egolatría de los del 98», *Obras completas*, Barcelona, Vergara, 1958, t. V, 1173.
- Vargas Vila, J.M., *Diario inédito (Tagebücher). El Vargas Vila esotérico y desconocido*, ed. de Raúl Salazar Pazos, Miami, Editorial Arenas, 1992.
- Yurkievich, Saúl, *La movediza modernidad*, Madrid, Taurus, 1996.
- Zum Felde, Alberto, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, México, Editorial Guarini, 1954.